

La cárcel en la literatura venezolana

ELIO GOMEZ GRILLO

La cárcel ha aparecido en la literatura venezolana especialmente vinculada al testimonio político. A pesar de la "venezolana libertad de estar preso", de la que habló nuestro escritor Joaquín Galdón Márquez, y del "desconfíe Ud. del venezolano que haya llegado a los treinta años sin haber estado nunca preso", que solía decir el fundador del diario *El Nacional*, Don Henrique Otero Vizcarrondo, aludiendo a la represión permanentemente desatada sobre nuestros luchadores políticos. Es a partir de la década del 70 cuando la bibliografía nacional comienza a nutrirse con los relatos de los presos comunes.

Hasta entonces, quizás la única novela relevante escrita en Venezuela por autor venezolano sobre la cárcel con sus delincuentes comunes, es "Puros Hombres", de Antonio Arráiz, publicada en su primera edición en 1938. Los personajes centrales son los reclusos de una mazmorra gomecista, presumiblemente el penal de "Las Tres Torres" en Barquisimeto. Del resto, nuestra literatura narrativa ronda los penales en actitud de diario, de autobiografía, de cuento, de crónica, de novela, pero siempre con referencia al preso político, fundamentalmente. Seguramente el primer gran libro venezolano con el que podría abrirse el catálogo, es la *Autobiografía* del prócer José Antonio Páez y el último, el valioso diario que de su encarcelamiento en la Cárcel Modelo de Caracas publicó recientemente el dirigente político venezolano Antonio García Ponce, con el título *Los Presos de la Cárcel Modelo*. (Dejando sentado que la primera gran incorporación del tema penitenciario a nuestra literatura, lo constituyen las extraordinarias páginas sobre reforma penitenciaria, particularmente referidas a Dinamarca, escritas por nuestro ilustre precursor Don Francisco de Miranda).

Entre uno y otro título la enumeración resulta abundosa. Las *Memorias de un venezolano de la decadencia*, de José Rafael Pocaterra, es de lo mejor del género dentro y fuera de Venezuela y de Latinoamérica. Allí Pocaterra enseña sus garras, sus colmillos, su genio literario y su pasión venezolana. El General Antonio Paredes ofrece su perfil esparta-

no en un *Diario de Cárcel*. El noble luchador político Alberto Ravell desgaja su grandeza de último gran romántico de la política venezolana en dos vibrantes, hermosos, libros-diarios carcelarios: *Estampas y Humanidad*. Miguel Otero Silva, poeta y novelista, quien ya había publicado con Rómulo Betancourt un panfleto político juvenil, *En las huellas de la pezuña*, mete la cárcel en las páginas de tres de sus novelas: *Fiebre*, *La muerte de Honorio* y *Cuando quiero llorar no lloro*, y en un cuento virtualmente desconocido, *Miéntame la madre*, llevado al teatro con otro título por el dramaturgo Luis Peraza. *Gerardo Sol* se llama el novelín que Julio Ramos escribe, preso en el Castillo de Puerto Cabello, hacia los años 30.

Otros escritores de la generación de 1928, a la que pertenece Otero Silva y en cierta forma Antonio Arráiz, insisten en incorporar trazos y trozos carcelarios en sus obras. Sobre todo los que como estudiantes protestatarios fueron inquilinos de calabozos. Es el caso de Nelson Himiob con *La Carretera*; de Juan Oropesa con *Fronteras*; del mismo Antonio Arráiz, quien reitera el tema en *Todos iban desorientados*; de Guillermo Meneses con *El falso cuaderno de Narciso Espejo*, novela que por cierto señala un importantísimo hito literario en la historia de la narrativa venezolana.

No es común que autor y actor de hechos históricos sean la misma persona. Tal privilegiada circunstancia histórica se prodiga abundantemente en muchos de los integrantes de la generación estudiantil venezolana de 1928, que participaron en la protesta cívica y en el levantamiento armado contra la tiranía de Juan Vicente Gómez. Además de los ya citados, es necesario añadir a los autores de dos libros-diarios que constituyen una crónica o relato diario de las vicisitudes sufridas por ellos durante su permanencia carcelaria. Esas obras son *En la prisión*, de Pedro Nolasco Pereira, y *La Respuesta del Destino o La Rotunda por dentro*, de Alejandro Trujillo. Más recientemente Manuel Acosta Silva ha publicado sus *Historias del 28*. El mismo Arturo Uslar Pietri, la figura literaria más realizada de la generación de 1928, cierra *Las Lanzas Colo-*

radas, con Presentación Campos, el personaje central de la obra, en un calabozo "...preso y herido en aquella cueva..." y abre la novela *Un retrato en la Geografía* con el General Diego Collado también prisionero "...tendido solo, en una tabla sobre el piso...". Además de que en sus cuentos *Barrabás* y *El baile del tambor* se encienden desde sus primeras líneas las luces mortecinas de sendos calabozos que bañan de resplandor carcelario la incómoda atmósfera —bíblica la una, nacional la otra— de ambos relatos.

A todas éstas, el maestro de periodistas Leoncio Martínez "Leo", entona desde su calabozo en la cárcel "La Rotunda" su *Balada del preso insomne*:

"Estoy pensando en exilarme,
en marcharme lejos de aquí
a otra tierra donde goce
las libertades de vivir"

A su lado, vecino de hermandad y de celda, Francisco Pimentel, "Job Pim", el gran poeta y humorista, prorrumpo en un adolorido "Dios nos saque con vida de esta tumba..." un día de año nuevo. Otro poeta, Alfredo Arvelo Larriva, en su prisión del Castillo de San Carlos, eleva sus *Sones graves* y otros *Sones* en presencia del porvenir.

Incluso, grandes figuras de nuestra literatura produjeron en la cárcel muchos de sus mejores trabajos. Andrés Eloy Blanco, el incomparable poeta popular, escribió algunos de sus libros mientras estuvo recluso en las cárceles del gomecismo. Es el caso de *Barco de Piedra* y *Baedeker 2000*. Hasta una obra de teatro escribió el poeta durante su cautiverio: *Todo está igual*, porque "el teatro y la cárcel —dice— son tan parecidos". Antes, el múltiple y restallante Rufino Blanco Fombona había cantado y contado su experiencia de preso en *Cantos de la prisión y del destierro* y en *Diario de mi vida*, además de que su novela *El hombre de hierro* fue escrita en un calabozo de la cárcel de Ciudad Bolívar.

Todos estos autores escribieron desde la cárcel y sobre la cárcel. La obra más definitivamente testimonial del género es *Prisiones de Venezuela*, publicada en su primera edición en Colombia en 1935, que trata de la vida y la muerte increíbles en dos penales venezolanos durante el gobierno gomecista. Los pe-

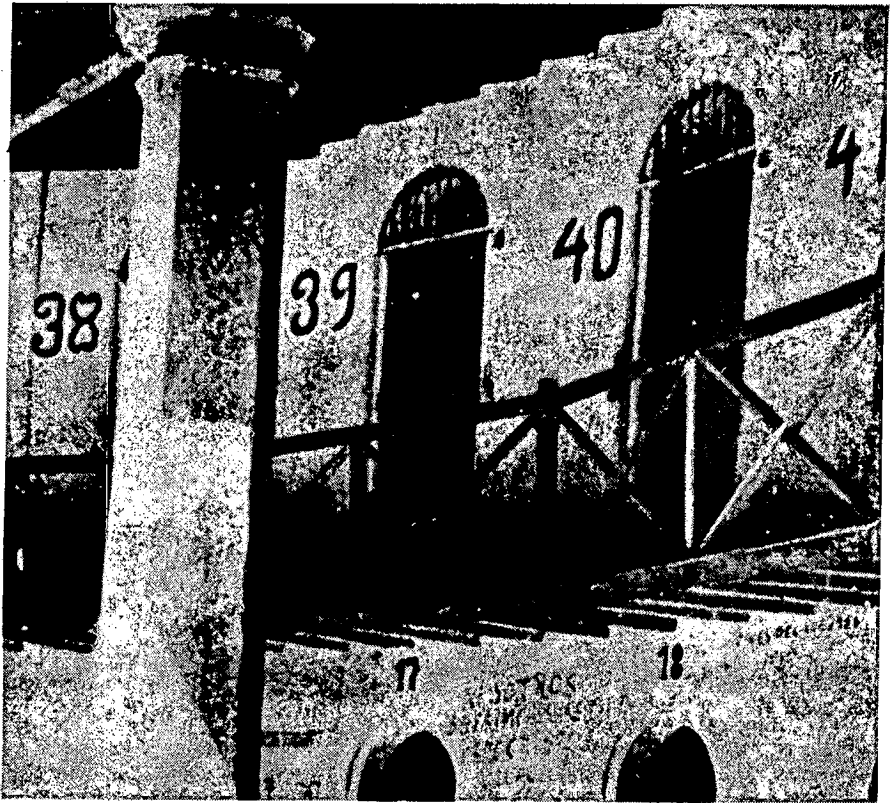
nales son "La Rotunda" de Caracas y el Castillo Libertador de Puerto Cabello. Los autores serían posteriormente figuras importantes en la vida política e intelectual venezolana: Jóvito Villalba, Miguel Otero Silva, "Kotepa" Delgado, Fernando Key Sánchez, Manolo García Maldonado. *Prisiones de Venezuela* es una obra muy pariente cercana de las *Memorias...* de Pocaterra.

Con posterioridad al término de la tiranía gomecista, J.A. Cova insistirá en el género con *Entre barrotes* que es también un diario carcelario. Cova fue director de diario, historiador y editor. Otro testimonio prisional es el del ilustre escritor Enrique Bernardo Núñez, quien fuera cronista de la ciudad de Caracas. El trabajo se llama *El Garage*, que es el nombre del retén donde el escritor estuvo detenido. La publicación es de 1940. Hacia la misma fecha Federico Landaeta publica *El Rastrillo*, nombre de otro retén caraqueño de la época.

Todo lo reseñado hasta acá cubre el primer tercio del siglo XX venezolano, salvo la *Autobiografía de Páez*, que es del siglo pasado. Sólo Cova y Núñez son ligeramente posteriores —los trabajos de ellos que hemos citado— a los otros. De paso, añado una referencia curiosa. Se cita una novela llamada *El Infiernito*, que habla de la vida en la cárcel venezolana, publicada hacia 1870 y cuyo autor sería el General Félix E. Bigott, de quien menciona el escritor Santiago Key Ayala algunas obras "colosales" por lo pantagruélicas, que desdican por cierto del diminutivo *Infiernito*, como la *Teoría e Historia de la Música*, desde las primeras inmigraciones de los fenicios a la Grecia, la *Historia Filosófica de Venezuela*, y una *Gramática Latina* de diez volúmenes con quinientas páginas cada uno.

En 1942, el escritor y poeta Manuel Rodríguez Cárdenas obtiene el premio "Tamanaco" en el segundo concurso de cuentos nacionales, promovido por la Revista caraqueña *Fantoches*, con el cuento *Desamparo*, que es el monólogo de un delincuente ante el tribunal que le juzga. El jurado, lo integraba entre otros escritores, Rómulo Gallegos. Trata también del monólogo de un delincuente ante su juez, el cuento *El matador de palomas*, de Leoncio Martínez ("Leo").

La reiteración del testimonio político carcelario continuará a partir del derrocamiento de la dictadura del General Marcos Pérez Jiménez, con *Se llamaba S.N.* y *Guasina*, de José Vicente Abreu. Después aparecerá —estamos ya en la



Calabozos en "La Rotunda"

década del 60— *TO3-Campamento Antigüerrillero*, de Juan Labana Cordero. Posteriormente *El Túnel del San Carlos*, de Guillermo García Ponce y *Después del Túnel*, de Diego Salazar. Antes de estos dos túneles, Angel R. Guevara había publicado *Los Cachorros del Pentágono*; Eduardo Liendo, *Los Topos*; y Emilio Saro, *Tacarigua - Novela Histórica*. En la misma línea aparecerá *La Tortura*, publicada bajo el pseudónimo de Pablo Sulbarán.

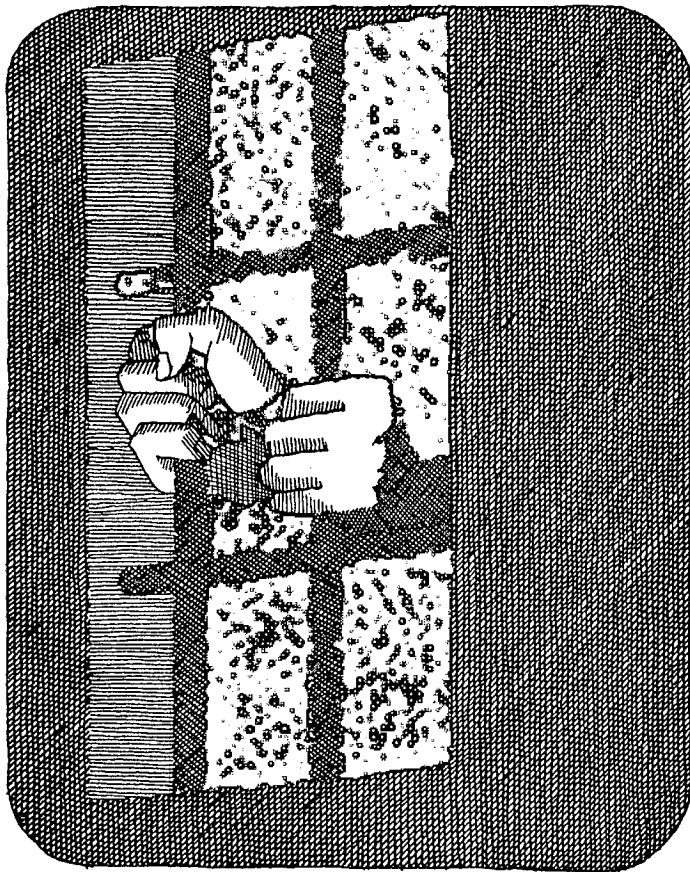
Todo esto, en una u otra forma, es referido a la cárcel política. Nada de la cárcel común hasta este momento. Nada relevante, nada significativo. En el teatro venezolano hay asomos más directos del tratamiento literario del recluso común. Es el caso, por ejemplo, de Román Chalbaud, primero en su obra *Sagrado y Obsceno*, y después con impresionante perspicacia sociocriminológica, en *La Quemá de Judas*, y *Todo bicho de uña*. También Rodolfo Santana en dramas como *El Sitio* y *La muerte de Alfredo Gris*.

Es a partir de la década del 70 cuando se produce en Venezuela el "boom" de la literatura del preso común. Alguna vez lo llamé "el tercer boom"; porque primero fue el "boom" de la novela latinoamericana. Después el "boom" criminológico venezolano, ya entrada la década del sesenta. Esa litera-

tura de la delincuencia común encarcelada, que comienza a desarrollarse en Venezuela hace escasamente diez años, seguramente tiene sus antecedentes más cercanos en *A sangre fría*, el best-seller de Truman Capote, que narra el exterminio criminal de la familia Clutter. Capote logró una obra maestra de *non fiction* manejando una sistemática diferente a la de André Gide, cuando éste cocinó en *Las Cavas del Vaticano* un argumento muy semejante. Después vino *Papillón*, después *Cuando quiero llorar no lloro*, de Miguel Otero Silva, y *El Padrino*, de Mario Puzó.

El gran aldabonazo testimonial del preso lo produce el estruendo del libro *Retén de Catia*. (Este es el nombre de un tenebroso penal caraqueño). Un ex-recluso del antro escribe un libro directo, vivencial, donde cuenta lo que allí miró, lo que allí oyó, lo que allí padeció. El país entero se estremeció ante la denuncia. En una nación medianamente exigente el libro hubiese producido una crisis de gobierno. En Venezuela lo que produjo fueron ediciones y reediciones que todavía se leen y se venden y que convirtieron al desconocido Juan Sebastián Aldana —pseudónimo bajo el cual se escondió el nombre del autor— en el fenómeno más impresionante de la literatura testimonial venezolana. Personalmente no he conocido

Los presos también sueñan



todavía a ningún estudiante universitario venezolano que no haya leído *Retén de Catia*. Y no puedo decir nada semejante de ningún otro libro.

Algo semejante ocurriría inmediatamente después con *Soy un delincuente*, supuesto relato autobiográfico de Francisco Brizuela, y cuya autoría, en realidad, está muy cercanamente vinculada a la de *Retén de Catia*. La vida delictiva y prisional del autor — personaje realmente muerto ya y disfrazado con pseudónimo — atrajo igualmente la atención de la gran masa lectora y los tirajes se sucedieron uno tras otro. Hasta un film que también fue todo un éxito de taquilla produjo el libro.

Los 40 años en el delito, que constituyeron las "memorias" del "cumanés" Félix Vargas Chacón y los "cuentos" que Alfredo Alvarado, *El Rey del Joropo*, le narró a un escritor amigo, fueron los dos testimonios autobiográficos siguientes en los cuales aparecen versiones y visiones episódicas del régimen penitenciario vivido por sus autores.

La fuga en helicóptero del penal mexicano de Santa Marta de Acatitla, consumada en 1971 por el norteamericano Joel David Kaplán y por el venezolano Carlos Contreras Castro, permitió que cada uno de los "helifugados" escribiese su libro y lo publicase. Ambas

obras fueron "best-sellers" en México. El de Kaplán, también en los Estados Unidos. El de Contreras lo fue también igualmente en Venezuela.

En 1974 aparecieron en Venezuela dos libros que también abordan el tema penitenciario. Uno es *Tacarigua-Novela histórica* de Emilio Saro. El título es el nombre de la isla donde en unión de otros presos políticos estuvo recluído el autor. Tacarigua es la misma tristemente célebre Isla del Burro, de largo, sostenido, ancestro en la historia del penitenciarismo venezolano. El otro libro es *Biografía con destino. Internado del Consejo Venezolano del Niño. Antecámara del delito*, de R.A. Rodríguez. El título se explica por sí mismo. El autor es un ex-interno de los institutos de readaptación de menores del Estado venezolano. Ambas obras son testimoniales.

Posteriormente Pedro Rafael Serrano Toro (a) "Barrabás", famoso ex-delincuente venezolano, el más célebre del país en los últimos veinticinco años de historia criminal nacional, publicó algunos testimonios novelados bajo el título *Si no te apartas, te mato*. Y bajo el nombre de Yon Calletano Franco apareció *Cárcel Modelo - Máxima Seguridad*, también ya bastante entrada la década del 70, al igual que el libro de

Serrano Toro. Y una religiosa entregada con fervor a la causa penitenciaria, recopiló un grupo de relatos, cuentos, poemas, pinturas de presos, que se publicaron con el hermoso título de *Los presos también sueñan*, que son como lo dice la contra-carátula del libro *Cuentos de la cárcel, escritos e ilustrados por los propios presos*. La religiosa se llama Marita King.

Concluyo con una referencia breve. Cuando tuvimos bajo nuestra responsabilidad la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, se nos ocurrió crear un concurso literario para reclusos de los establecimientos penitenciarios venezolanos, con periodicidad anual. Se recibieron una y otra vez decenas de trabajos. En el primer año del concurso el galardón de poesía se compartió entre los reclusos Ricardo Oliva y Douglas de Jesús García, ambos internos entonces en la Cárcel Modelo de Caracas. *Qué de los colores* se tituló el poemario de Oliva. Una muestra de sus versos es ésta:

*"Sí, brisa: azótame el rostro
Mi mueca, mi pelo, mi risa...
Aviva la lumbre que vive en
nosotros*

*Dispersa la tierra con polvo de oro
e irrita mis ojos para bendecirte"*

El primer poema del libro de Douglas de Jesús García se llamó *Sí que lo son*. Dice:

*"La muerte
Siempre es cosa de primera vez
Nunca se sabe"*

Otros de sus versos son:
*"Yo te recuerdo en Blue Jeans
Dando disculpas en inglés a un
policía de Jajó"*

O bien:
*"No es mi ventana
Ni es el sol
He descubierto
que es un reflector
en la garita mayor"*

Y este otro:
*"Cuando muera
en un lugar lejano
en un exilio cualquiera
en que me sorprenda un director
de cárcel
cualquiera
hará grabar, a manera de epitafio
está advertencia
Sobre mi tumba:
Cuidado ¡—
Es peligroso
Se va a escapar!"*